

Más que un nombre, un propósito

Cambio de nombre

“¿Puede el etíope cambiar su piel o el leopardo quitarse sus manchas? ¡Pues tampoco ustedes pueden hacer el bien acostumbrados como están a hacer el mal!” JEREMÍAS 13:23 NTV



Alejandra Montamat

Para Reflexión Bautista



En la Biblia los nombres propios contienen un significado profundo. Cada nombre dado a un hijo suele recordar la experiencia de sus padres al recibirlo o el propósito de Dios para sus vidas. Así, por ejemplo, el ángel le anunció a María que el nombre de su primogénito sería Jesús que significa “salvador” porque él salvaría a su pueblo de sus pecados. En época de los patriarcas, cuenta la Biblia que Raquel tuvo su segundo y último hijo cuando regresaban al hogar de su esposo pero que, sabiendo que moriría en el trabajo de parto, quiso llamarlo Benoni que significa “hijo de mi tristeza” pero como Jacob no deseaba que su hijo llevara el peso de la muerte de su madre, le puso por nombre Benjamín que significa “hijo de mi diestra” por eso lo tuvo cerca suyo siempre (vale la pena repasar la historia cuando su hermano Judá debió apartarlo de su padre para llevarlo ante el gran visir de Egipto sin saber la identidad de quién solicitaba su presencia Gn 42-43).

Otro hito en las historias de la Biblia constituye el cambio de nombre. Por ejemplo, cuando Dios pactó con Abram (Gn 17), le prometió que sería cabeza de un gran pueblo; por ello cambió su nombre a Abraham que significa tanto “padre de una multitud” como también “padre de misericordia”. Sabemos que su descendencia física fue numerosa llegando aún hasta nuestros días y que quienes fuimos adoptados por la misericordia de Dios en la fe de Jesucristo somos sus descendientes espirituales (Ro 4:16).

De la soberbia a la humildad

El apóstol a los gentiles fue, según él mismo cuenta, elegido casi a última hora cuando ya Jesucristo había ascendido a los cielos y el Espíritu Santo había descendido a morar permanentemente en la vida de su iglesia (1ª Co 15:8-9). La primera gran persecución contra este cuerpo fue llevada a cabo por los judíos fanáticos y se desencadenó masivamente tras la muerte del primer mártir llamado Esteban. El líder de los perseguidores fue un fariseo destacado nacido en la diáspora, pero educado en Jerusalén, quien llevaba con orgullo el nombre del primer rey de Israel: Saulo (Hch 7:58-8:3). Pero Dios, que en su soberanía ya lo había elegido para la misión apostólica, un día confrontó con él camino a Damasco y ese encuentro personal y único marcó una bisagra en la vida de este judío converso. Desde entonces se entregó completamente al servicio de su Señor y Salvador Jesús, aquel a quien antes había perseguido y ante quien se había rendido finalmente (Hch 9:1-31). Como su misión fue mayormente en tierras no israelitas, solía comunicar el evangelio a los gentiles por medio del idioma griego que manejaba fluidamente y desde su primer viaje misionero adoptó siempre su nombre griego: Paulus que significa “hombre pequeño y humilde”. Aquel soberbio joven fariseo llegó al ser el anciano apóstol Pablo que amó entrañablemente a sus hijos espirituales como un padre tierno y paciente (2ª Co 11:23-31).

¿Carnal o espiritual?

Jesús también cambiaba los nombres con un propósito docente. Uno de sus discípulos más íntimos

fue Simón, un pescador que junto con su hermano Andrés abandonó las redes de la compañía de su padre Jonás (o Juan según la traducción que leas) para seguir de tiempo completo al maestro de Galilea. Simón fue sensible a la persona y obra de Jesús desde un primer momento; el relato de la pesca milagrosa hizo que cayera de rodillas ante Cristo y dijera “apártate de mí Señor, que soy hombre pecador”. Desde ese día Jesús le llamó para realizar una tarea digna de todo cristiano, ser pescador de almas. El progreso de este discípulo fue evidente, no sólo se había hecho íntimo de Jesús participando de milagros privados y de visiones maravillosas, sino que llevaba la voz cantante del resto de sus pares. Un día el Señor hizo una pregunta crucial: ¿Quién creían ellos que era Jesús? La respuesta no se hizo esperar, por supuesto que salió de la boca del líder: “Tu eres el Mesías, el hijo del Dios viviente”. Ante esa respuesta, que Jesucristo consideró la piedra fundamental de la fe cristiana, el maestro adoptó una metodología con su discípulo más locuaz: desde ese día lo llamaría Cefas o Pedro, que significa “roca”, cuando hablara movido por el Espíritu Santo, pero lo volvería a llamar Simón cuando hablara motivado por su propia carnalidad. Podemos repasar los evangelios y nos daremos cuenta de que Pedro se entristecía cuando su maestro lo volvía a llamar Simón hijo de Jonás (Jn 21:15-19).

Humillación y victoria

Pero cerraremos este estudio con la historia de un cambio de nombre que se anticipó por siglos a la experiencia de los apóstoles; recordaremos la vida de un patriarca, el más embustero y engañador que tuvo la incipiente nación israelita: Jacob. Cuentan la historia de un diálogo de un laico con un ministro de la Palabra; el primero se quejaba porque encontraba en la Biblia pasajes muy difíciles de comprender, entonces el pastor le solicitó que mencionara a cuál pasaje se refería y éste recitó Romanos 9:13 que trata sobre la elección soberana de Dios, allí dice “A Jacob amé, más a Esaú aborrecí”. El ministro coincidió en que era uno de los pasajes más difíciles de predicar pues no podía comprender ¡cómo Dios pudo amar a Jacob!

Jacob significa el suplantador, y su nombre proviene de la forma en que salió del canal de parto: tomado de su hermano mellizo por el talón, demostraba así precozmente cuál sería el anhelo de gran parte de su vida: ser el depositario de la bendición del primogénito (Gn 25:23-26). Aunque Dios ya había decretado a su padre Isaac que el hermano mayor serviría al menor, durante toda su juventud Jacob buscó la bendición del primogénito, pero lo hizo en sus términos: engañando a su padre, sacando ventajas del carácter intempestivo de su hermano mayor y ganando así su animosidad y enemistad. No obstante, por su soberana elección, Dios le guardó y le protegió fuera de su tierra, a pesar de que Jacob insistía en obtener beneficios por su propia astucia.

Pero siendo ya viejo, decidió regresar a su tierra natal. Cuenta la Biblia que junto al arroyo de Jaboc tuvo un encuentro con el varón de Dios con quien contendió hasta que casi amanecía. En ese instante, el varón quería dejarle y le descoyuntó la cadera, pero aun así Jacob no iba a soltarle hasta que le diera su bendición, fue en ese instante cuando sucedió algo trascendental. El varón le cambió el nombre de Jacob a Israel que sig-

nifica “el que luchó con Dios y prevaleció”. Algunos estudiosos creen que ese varón era Jesús preencarnado y que Jacob entendió que era Dios pues llamó al lugar del encuentro Peniel (Gn 32:22-32).

¿Por qué Jacob insistía en obtener una bendición de Dios si ya tenía riquezas, casi toda su herencia y parentela completa? ¿Cómo explicamos que Jacob contendió con Dios, terminó la lucha lesionado de por vida y sin embargo la Biblia dice que venció? La lucha física fue una muestra externa de su lucha espiritual; esa noche Jacob decidió que nada de lo que había logrado tendría sentido o valor si Dios no le concedía su favor legítimo, esa noche Dios quebró su orgullo y autosuficiencia y Jacob se arrepintió. En esa humillación y en ese encuentro con Dios, se transformó en una nueva persona, allí comprendió que su vida tenía sentido y propósito sólo si dejaba que Dios tomara las riendas y lo guiara. Esa transformación interna se externalizó con el cambio de nombre y esa humillación y debilidad le hizo vencedor ante Dios (Lc 4:11, Strg 4:10).

La Biblia continúa invitándonos a tener la misma experiencia, sólo cuando nos rendimos ante Dios, cuando dejamos de luchar contra Él como Jacob o como Saulo de Tarso, entonces Dios nos impone su fuerza, su propio Espíritu Santo y sólo entonces humillados ante su poder y majestad, no sólo recibimos su bendición, sino que somos exaltados y vencedores. Esta fue la experiencia de muchos a quienes Dios les cambió el nombre y puede ser la tuya también. “Por eso me regocijo en debilidades, insultos, privaciones, persecuciones y dificultades que sufro por Cristo; porque, cuando soy débil, entonces soy fuerte” 2ª Co 12:10; “Pero en todo esto salimos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” Ro 8:37.

